

Arte y Pensamiento Siglo XXI

Es posible que ustedes, cada uno de ustedes, recuerde algún momento en su vida en que no se contaron nada, en que vivieron sin contarse nada. Es una posibilidad que tenemos como seres humanos, una posibilidad cultural, el quedarnos a solas, a solas frente al mundo, a solas frente o con nosotros mismos, a solas con lo infinito. Pero también tenemos la posibilidad, claro, y es lo que hemos hecho sobre todo, de contarnos las cosas. Y no es fácil muchas veces distinguir cuándo nos contamos las cosas, y cuándo no, porque tendemos a contarnos todo, a no dejar resquicio sin historia. En mi conferencia voy a tratar de distinguir esos momentos. Porque me parece especialmente importante y más si cabe en este final de siglo y de milenio. Ver cómo nos sucede eso, ese contarnos o no las cosas, y cómo se produce en el ámbito de la cultura en general.

Sobre lo que somos los seres humanos, sobre el sentido de la vida, sobre lo que es el mundo, nos podemos plantear, nos podemos contar, muchas cosas, como de hecho ha ocurrido, ocurre y ocurrirá. Pero yo creo que si atendemos a un dejar de contarnos las cosas, lo que viene a prevalecer es el sentimiento de que nuestro propio cuerpo, nuestro propio ser, es un pretexto de la misma vida, un pretexto de existencia, más que un sentirse vivo, un sentir que la vida está en uno. Por eso he elegido el término *pretexto*, que será centro del discurso, para establecer la diferencia. Y más que fijarme entonces en lo que un pretexto supone o significa como motivo por el que se ejecuta o no una acción, me aventuro en una nueva dimensión del término para emparentarlo, para conectarlo así

MARIANO VEGA LUQUE



con la noción de interrelación o interdependencia que es la vida, en que se da la vida, en que acontece la vida, y a la que tanto acudimos desde la preocupación ecológica. Todo en la vida es interrelación o interdependencia, es decir, todo es pretexto de la vida, una cosa es pretexto de la otra, no existe una sin la otra. Nuestro cuerpo, nuestro ser, también es un pretexto, y no se daría sin lo otro. Es esta dimensión de pretexto la que utilizaré, pues.

Bien, hasta aquí estas puntualizaciones, una especie cuestión previa en la que he creído oportuno detenerme. El título de la conferencia es, como saben, "Arte y pensamiento del siglo XXI". Empiezo con una cita, una cita de Husserl, de Edmundo Husserl, en la que dice que "La tradición es olvido de los orígenes".

En el anterior y primer paso de siglo y de milenio en nuestra Era, allá por el año mil, se desataron al parecer temores catastrofistas, con final del mundo incluido, en el seno de las sociedades más informadas, y que tenían conciencia del año en que vivían. Visto desde aquí, desde nuestros días, se nos presenta hasta lógico que en aquellos lejanos años, aunque ya se daban culturas milenarias, el hombre tendiera a confundir aún los procesos naturales de las cosas con lo que era mera convención humana. Que llegara confundir o a creer que sus cifras, sus calendarios, se correspondían con las edades del mundo. Pruebas muy evidentes tenemos, sin embargo, para guardarnos muchas dudas sobre si realmente hemos pasado de aquella conciencia, sobre si en realidad hemos dejado atrás esa sensación o creencia.

Recientemente leía en el periódico *El País*, que los psiquiatras empezaban a preocuparse por la histeria milenaria que puede surgir a pesar de movernos en una época supuestamente racional. Paso a leerles textualmente un fragmento de dicha información, firmada por M.R.E.: "En Viena, Stefan Rudas, del Instituto de Investigación Psicosocial, ha distinguido varios grupos de personas según la forma en que se enfrentan a la fecha del 2000 y recomiendan un examen individual de los temores y expectativas para evitar así el pánico y la frustración. Nadie escapará, afirma, al síndrome de cuenta atrás. Según Rudas, por primera vez en la historia del género humano será posible explicar un fenómeno psicológico de masas antes de que se presente".

Los tiempos son ahora, obviamente, bien distintos a aquéllos del año mil, en el que —dato muy importante— se desconocía aún la esfericidad del planeta. Antonio Gala me decía no hace mucho, sin embargo, que el hombre tendía siempre a tener su propia época como especialmente conflictiva, crítica, aunque no se diesen razones objetivas para ello. Pero yo sí creo, y no estoy solo ni mucho menos en esta consideración, que hoy se dan razones más que suficientes para ello, para pensar que nuestro tiempo es bien distinto, que estamos en fase de la Historia especialmente crítica. El planeta no fue nunca tan redondo, tan limitado. El mundo no fue nunca como ahora esa aldea global tan bien definida por McLuhan, con todo lo que ello implica demográfica, económica, política, social, psicológica, ecológicamente. Nunca ha funcionado ciertamente el futuro como ahora, en que se nos presenta como especie de gigantesca ventosa que nos succiona sin descanso. El futuro se presenta también a modo de territorio cuyas parcelas se nos quieren vender por adelantado. Hay que tener en cuenta, además, que como nunca también tenemos la posibilidad de recuperar y de reproducir nuestro pasado. Nunca desde luego ha estado el presente tan constreñido, tan compelido a ser mero escenario de encuentro entre pasado y futuro.

Nos acercamos en estos años a otras cifras rotundas, redondas, al segundo paso de siglo y de milenio en nuestra Era. Y como en cualquier cumpleaños, en cualquier aniversario particular, importante, significativo, por los años que se suman o por la naturaleza del acontecimiento que se conmemora, nos asalta aquí la necesidad de hacer balance, repaso, del tiempo transcurrido, de la Historia. Un repaso o balance que nos puede llevar incluso a la pregunta primera sobre nuestra condición o esencia. Hacemos entonces en definitiva balance de la relación del hombre con el mundo, del hombre con los otros hombres, y del hombre consigo mismo. Y esa relación es la cultura, toda nuestra relación con el mundo es cultura. Aunque con frecuencia nos pueda la tendencia a confinar lo cultural, la cultura, a lo que es el patrimonio cultural. Los medios informativos nos remiten a diario a secciones o páginas especiales en las que se da estricta cuenta del suceso cultural.

He empezado la charla con una cita de Husserl, "La tradición es olvido de los orígenes". La verdad es que de la Historia, de la historia de la relación o cultura siempre

me han atraído especialmente los intentos de señalar o de recuperar los orígenes. Aquellos momentos en los que de algún modo hemos tenido conciencia de que estamos añadiendo demasiadas cosas al mundo, hasta el punto de que el mundo mismo empieza a escaparse a esa relación o cultura. Intentos desde el pensamiento por dejar claro que la cultura puede tender a recluirnos en ámbito exclusivamente humano, a hacernos ver y experimentar el mundo desde ese lado, desde un *lado*, y con ello a contarnos prioritariamente el mundo. Intentos como el de Husserl, que al mismo tiempo que señalan los riesgos de una excesiva acumulación, nos abren o nos recuerdan otra posibilidad de la cultura: la de prepararnos o predisponernos a percibir y experimentar el mundo sin más; a percibir y experimentar sin añadidos lo que es la naturaleza y lo que nosotros somos como parte de esa naturaleza. Posibilidad ésta de la cultura que nos predispone así, que nos invita a dejar de contarnos el mundo, a no interponer nada entre nosotros y las cosas. La ingente acumulación de añadidos ha tendido desde luego a suplantar la percepción sin más del mundo, y ha dado lugar a reacciones rotundas, como la de Husserl. A este respecto, seguramente es el final del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein el más conocido y significativo: “De lo que no se puede hablar, mejor es callarse”.

Estamos hablando de la cultura, de ese modo de relacionarnos con el mundo, propio de los humanos. Entre los modos de ver cómo aparece esa relación, cómo llega a producirse en el seno de las infinitas interrelaciones que se dan entre las cosas, y entre los seres en la naturaleza, yo me he inclinado en mis libros por el siguiente, el siguiente modo o visión sobre la aparición del hombre. Parece claro que el animal mira o ve siempre desde el interior de su especie, y que desde ella ve o mira las cosas, y sobre todo a los otros animales, a los de su misma especie y a los de las otras especies—con particular intensidad, claro, al que depreda y al que puede depredarlo a él— y que así se detecta el animal, se siente, entre afinidades y diferencias. Desde aquí cabe afirmar que el animal sólo ve formas y que sólo con ellas establece tensión o comunicación. El animal,

MARIANO VEGA-LUQUE



TEXTOS

DE LA

VISPERA / 1

cada animal, vive inmerso en el seno de su especie, por lo que cada uno de ellos no es estrictamente un individuo, sino más bien parte o porción del gran cuerpo de su propia especie. En el mundo animal son las especies las que en verdad establecen el marco de relaciones, son los cuerpos de las especies los que se configuran entre sí, los que determinan la conducta de cada animal.

La relación o la interrelación de las especies en el paisaje, en la naturaleza, puede verse, como sabemos, como de hecho es, como un gran cadena, como una gran corriente. Una corriente que tiene naturalmente su desembocadura, y en esa *desembocadura* estará la especie que ya no precisa configurarse, detectarse o sentirse en las señaladas afinidades y diferencias, con el resto de las especies, que no requiere por tanto el funcionar como tal especie. Esa especie situada al final del paisaje, en la desembocadura de la naturaleza, se ha quedado aparentemente sola, no determinada o configurada por su relación con ninguna otra especie sobre el paisaje tangible.

Esa especie, que es la especie humana, se quedó sola, sola frente a la inmensidad, sola frente a *lo abierto* como lo denominara Rilke. Y es ahí cuando el gran cuerpo de la especie, desprovisto ya de su porqué natural, de su función, puede romperse, quebrarse, puede desnudarse de su piel. Entonces, sólo entonces, nace la individualidad. Es el individuo el que contempla o tiene la experiencia de lo inmenso, el que se relaciona directamente con él. El hombre es el único animal que ve el infinito, que mira al espacio y se reconoce en la inmensidad; el único animal que puede prescindir de las formas en su reconocimiento. Y es ésa una posibilidad del individuo, no de la especie. Una visión o experiencia de la inmensidad que constituye la condición o esencia de la naturaleza individual, de la naturaleza humana.

La diferencia sustancial entre un ser que mira desde el interior de su propia especie, y aquél que en su individualidad ya no lo precisa, reside en que éste último ve con todo el cuerpo. Todo su cuerpo es ojo, es visión. Todo su cuerpo es conciencia o inteligencia. De los



“La razón de que una obra maestra o un alto estilo artístico sea popular -se sienta popularmente y no por mera costumbre o tradición-, parece deberse sobre todo a que esa conducta, pensamiento o modo cultural, no se erija sobre o frente a la naturaleza, sino que sea esta manera cultural, pensamiento o conducta, la consecuencia última de un proceso natural.”

Textos de la Víspera/1
Mariano Vega Luque

epicureístas recuerdo sobre todo ese apunte a la posibilidad de pensar con todo el cuerpo. El vínculo de especie de ese cuerpo, del cuerpo humano, del individuo, su vínculo con el mundo, es la cultura. Con cierta frecuencia parecemos olvidar que la individualidad está en el origen mismo de la cultura o libre relación.

Otro modo de decir que en la vida todo es interrelación, será el de considerar que nada se da unilateralmente. En esa experiencia del hombre frente a lo inmenso, en esa interrelación con el infinito, la individualidad, el propio cuerpo, es el pretexto. Pretexto e individualidad la misma cosa, pues. Una experiencia desde la que es contemplable a su vez el pretexto de cada cosa, la interrelación o esencia de la vida.

Al hilo de esta argumentación no plantearía dudas el hecho de que ha sido la misma naturaleza, aquella corriente natural, la que nos ha llevado al final del paisaje, la que nos ha colocado en la desembocadura. Aquellos seres humanos que han reparado en ese lugar, en el que todos estamos, que han reconocido en él a su propia naturaleza, y que le han dado en consecuencia su eminente valor cultural, de relación, saben que al mismo tiempo que es evidentemente físico, sucede algo en él que lo traspasa, y que justamente se pierde cuando se quiere manipular, cuando se quiere hacer objeto de la voluntad. Yo me inclinaría a considerar esa experiencia como referencia principal de *lo sagrado*. A tener como sagrado a aquello que no se puede manipular, que es inalcanzable para la voluntad. Lo sagrado es indestructible porque no queda al alcance de voluntad alguna. (Si definitivamente se hace nacer algún día un ser humano clónico su definición más cierta sería la de aquel ser al que le está vedado lo sagrado.)

En estos años, y sobre todo en sus veranos de inusitada actividad cultural, se organizan muchos ciclos, conferencias, debates, con ocasión del final del siglo y de

milenio y el comienzo de otros. Es lógico, y hasta saludable, que nuestras convenciones, nuestros propios inventos, nos estimulen a hacer cosas, a imaginar, a proponer. No otra cosa hago yo ahora. El pasado año, por ejemplo, hablaba en Las Palmas, Fernando Savater en un ciclo dedicado al tiempo que se avecina, y mostraba sus temores de que ese futuro inmediato fuera propicio para un resurgir, creo que decía, para el rebrote de una especie de totalitarismo sagrado. Pienso que hablar a estas alturas de lo sagrado como de algo ya hecho, como de algo manipulable, o confinado a cosas o lugares creados por el hombre, al alcance entonces de la voluntad, y no entrar en matices, obedece de alguna manera a una pérdida de sensibilidad. Considero que las inercias, los *tics*, nos conducen inexorablemente al monólogo, por muy lúcido o brillante que éste sea.

Una vez expuesto de esta manera el proceso natural que lleva a la aparición del hombre, que lo sitúa al final de este paisaje, en su desembocadura, la historia que viene después, el modo en que se ha desenvuelto, en que ha ocurrido nuestra presencia aquí, podría explicarse en buen parte en una cierta resistencia del hombre a dejar de mirar como el animal, desde el interior de la especie; es decir, en una cierta resistencia a mirar de frente lo inmenso, lo abierto o lo infinito, o, lo que es lo mismo, en una cierta resistencia a encararse con su naturaleza, con la individualidad. Resistencia que le lleva a crear una suerte de *espejos* en los que ver formas que le permitan reconocerse en ellas como el animal. Espejos que le devuelven imágenes o formas que él mismo genera y proyecta.

En estos espejos se ha instalado, se agolpa, todo lo que es causa de obsesión del hombre contra el hombre. En ellos anidan todas aquellas disposiciones o creencias que tienden a deformar o desplazar la realidad, a suplantarla de este modo, que pretenden su exclusividad con olvido del pretexto, del pretexto de interrelación que es en realidad cada cosa, incluidas las de humana creación. Con estos espejos tienen mucho que ver, como seguramente habrán advertido, tantos ideales y doctrinas, religiones,



las patrias, las banderas. Tampoco se les escapará el papel que han jugado, y que sobre todo juegan y jugarán, los medios de comunicación, los *mass media*, en la creación, reforzamiento y consolidación de los espejos. Aquí hay un punto de desacuerdo con las esperanzas depositadas en la aldea global de McLuhan, y más estoy con Octavio Paz cuando afirma que la presencia todopoderosa de los medios de difusión convierte al individuo en una sombra. El planeta entero habita ya en un "salón de los espejos".

La obsesión en esos espejos ha cimentado, cimenta, el poder del hombre sobre el hombre. La pretendida exclusividad de esos espejos introdujo en el ámbito humano la prioridad de la dinámica de especie, y favorecieron siempre el sometimiento de la individualidad. En eso se han basado, en dejar al individuo sin argumentos si no recurre a su experiencia como parte de la especie. Muchas veces se alude en nuestra cultura, en el contexto de la cultura en general, a la individualidad sin establecer la diferencia sustancial que se da entre aquella individualidad señalada, la individualidad natural, no condicionada, el pretexto de existencia en que nos colo-

**"La obra de arte
-la obra maestra-
revelaría el lugar,
la actitud
propia-
mente
humana de ponerse
'de parte de lo
intangible', cosa
que acontece en
todo lo natural."**

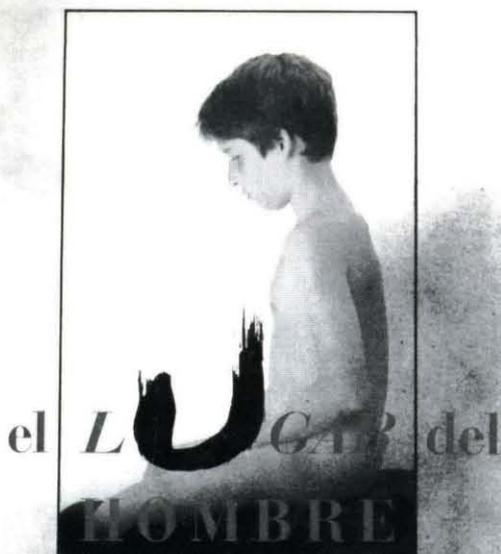
El Lugar del Hombre
Mariano Vega Luque

ca la naturaleza, no dependiente de relato, y esa otra individualidad que inevitablemente sólo puede ser, como en el animal, una parte o porción del gran cuerpo de la especie. Una individualidad contada, en permanente relato.

Un fragmento de la hermosa novela de Michel Tournier *Viernes o los limbos del Pacífico* nos puede ilustrar esto, nos puede ayudar a exponer o a completar esa teoría de las pantallas de resistencia, de los espejos, del sometimiento que procuran del individuo, de dejarlo sin argumentos si no basa su experiencia en la especie, de inmovilizarlo como tal individuo. Es una situación, como digo, de la mencionada novela en la que Tournier devuelve a su escenario original, al Pacífico, la historia real en la que se basa el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. Defoe había trasladado al Caribe lo sucedido al marinero escocés Alexander Selkirk, quien en 1.704, en viaje a bordo del buque "Cinque Ports", pidió que le desembarcaran con lo preciso en la isla de Más a Tierra del archipiélago de Juan Fernández, a unas 600 millas de la costa de Chile. La situación a la que me refiero de la novela, y que traigo aquí en el intento de hacerles llegar mejor mi idea de esa generación artificial del tejido de la especie en el hombre, del sometimiento del individuo a la especie mediante los aludidos espejos, es aquella en la que Robinson empieza a padecer la soledad de la isla, y que relata Tournier del siguiente modo: "Ahora sabía que el hombre se parece a esos que caen heridos en el transcurso de un tumulto o de un motín, y que aun heridos siguen de pie todo el tiempo que la multitud los sostiene apretados, pero que resbalan hacia el suelo apenas aquélla se dispersa. La multitud de sus hermanos que había mantenido a Robinson en lo humano sin que él se diera cuenta, se había separado bruscamente de él y comprobaba que no tenía fuerzas para sostenerse sólo sobre sus piernas".

Lo que trato de exponer aquí valiéndome de los espejos guarda evidente relación con lo que históricamente se ha predicado del *horror vacui*. Con el horror o temor al vacío que se afirma del hombre

MARIANO VEGA-LUQUE



también se ha querido explicar en nuestra cultura, como saben, la tendencia que en el mundo creativo se da de llenar, de tapar, con formas los espacios. En la antigüedad se llegó a hablar incluso de una antipatía de la naturaleza hacía lo vacío. Habría que añadir aquí que si prescindimos del fondo -o de lo infinito-, o lo reducimos al vacío o la nada, estamos en la misma disposición de no perder la visión del animal. El temor al presunto vacío es el temor a la individualidad. Y el miedo a la muerte, frente a la cual somos enteramente individuos. La resistencia a la vida y el rechazo de la muerte suelen ir emparejados. La sabiduría requiere siempre de un aprendizaje del desprendimiento. Metido en estas consideraciones suelo recordar a Salvador de Madariaga. Dice Madariaga que "la sabiduría es un don de acción, no de pensamiento".

Son diversas las maneras en las que podemos abordar la diferencia que mantenemos con el resto de los animales,

modos así de tratar de definir nuestra condición o nuestra esencia, la inteligencia, la conciencia, la situación en la que se produce la libre relación o cultura. Pero ese lógico empeño por determinar bien cuál es la diferencia, debería servirnos sobre todo para saber de nuestro lugar en el paisaje, de esa desembocadura en la que nos coloca la propia corriente natural.

Una de las maneras al parecer más rotundas y asumidas de proclamar esa diferencia, ha sido, es, la de considerar al hombre frente al resto animal como un constructor de instrumentos, acuñación o definición debida sobre todo, creo, a Benjamín Franklin. Al hablar de esto me viene siempre a la memoria la magnífica secuencia inicial de la película de Kubric *2.001. Odisea en el espacio*. Como recordarán, se relataba allí la euforia con que el primate descubría en un hueso el poder del instrumento, y tras golpear con él hasta el frenesí, lo lanza al aire y se transforma

finalmente el hueso en una luminosa nave espacial. El hombre es sin duda un constructor de instrumentos, pero no el único. También hay otros animales que no sólo los utilizan sino que igualmente los construyen, por muy rudimentario que sean. En este sentido, me llamó especialmente lo visto en un documental televisivo de *National Geographic*. En aquel documental, un mono chimpancé se valía de una ramita para coger a las hormigas termitas alojadas en el interior de sus grandes construcciones de barro o arcilla. Pero esta ramita la tenía que desbrozar previamente para poder introducirla por los estrechas grietas del barro, y para que salieran luego pegadas las hormigas. Ante esta escena, el mismo guionista se preguntaba si no convendría cambiar la fundamental consideración del hombre como constructor de instrumento.

En consecuencia con la descripción que he hecho del proceso natural en el que surge el hombre, yo propongo aquí que se considere al hombre más que como constructor de instrumentos, como constructor de pretextos. A ello apunto en mis libros. Es evidente, sin embargo, que a lo largo de la Historia, de la historia de nuestra relación con el mundo, del tiempo de la cultura, el hombre se ha conducido sobre todo como constructor de instrumentos. También lo ha hecho como constructor de pretextos, pero con mucha menor frecuencia, y en actitudes, posturas, compromisos, que nunca contaron como núcleo o parte más importante de la cultura, de su contexto general.

Hasta el Renacimiento -nos viene siempre la figura de Leonardo- se asegura que el hombre era aún capaz de situarse en la frontera del conocer poseedor de todos los datos. Desde la antigüedad griega podemos seguir con claridad cómo el primer y gran cuerpo filosófico, que abarcaba todo el conocimiento, empieza a disgregarse, a separarse en brazos urgidos de la progresiva necesidad de la parcelación analítica, de la especialización con que mejor meter manos y dedos en lo real.

Pero aún en la autonomía de esos distintos miembros en que llega a dividirse el cuerpo del conocimiento, permanece en cada uno el intento de decir



lo que es el mundo. Y rivalizan entre ellos por demostrar qué vía o disciplina puede ofrecer la visión más cierta o completa de la realidad. Se trata de establecer, en definitiva, cuál es el primer modo de conocer de que dispone el hombre. Y la discusión más interesante en este sentido ha girado sin duda en torno al arte y la ciencia. Y es aquí, en esta confrontación, en esta vieja discusión, donde precisamente la consideración del hombre como constructor de instrumentos o como constructor de pretextos, nos sirve para introducir nuevos matices.

Si me permiten, abro un pequeño paréntesis (para insistir que en cuando hablamos del hombre como constructor de instrumentos hemos de tomar ese instrumento en su más amplio sentido, extenderlo a toda la instrumentación que procura la voluntad; y que cuando hablamos del hombre como constructor de pretextos, hemos de considerar que toma incluso como pretexto todo producto de la voluntad.)

Sabemos que la ciencia se vale principalmente del instrumento, que no cesa en la construcción de nuevos instrumentos, de instrumentarse, para ese mejor escudriñamiento de la realidad. En la obra artística, sin embargo, lo que interesa es ese algo que escapa a lo que estrictamente se muestra, un algo que toma todo lo que se nos ofrece a los sentidos, como pretexto. Ese algo no lo podemos asir, no lo podemos agarrar, tal y como sucede con el lugar en el que la naturaleza sitúa al hombre, al final del paisaje, en su desembocadura, y que al menor intento de manipulación, se pierde.

Correspondería reconocer, pues, al arte la primacía en el conocer, tenerlo como primer modo de conocimiento, si consideramos esencialmente al hombre como un constructor de pretextos. El creador de la teoría cuántica, el premio Nobel de física, Max Planck, pensaba que "La ciencia no puede resolver el misterio final de la naturaleza porque, en el último análisis, somos parte de la naturaleza y, por lo tanto, parte del misterio que tratamos de descifrar."

Pero todo vendrá a ser también en última o primera instancia una cuestión de actitud en la distinción entre ciencia y arte como modos de conocer. La dife-

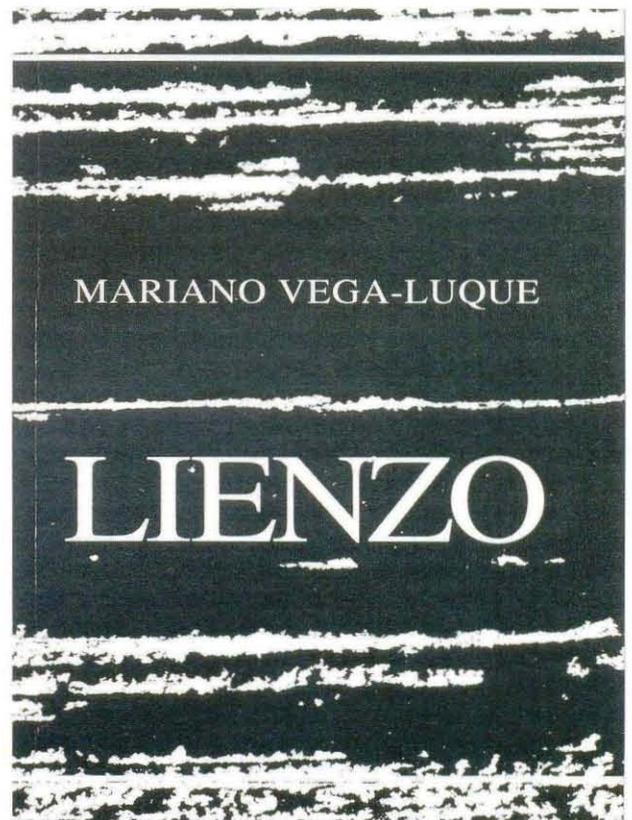
rencia entre el obsesionado uso del instrumento y el tomar a éste incluso como pretexto, lo expresa luminosamente San Juan de la Cruz con su "Sin saber, sabiendo, toda ciencia trascendiendo". Yo suelo unir a estas palabras de San Juan otras de Lao Tsé, que tengo como definición excepcional de la experiencia de tomarlo todo, incluido uno mismo, el propio cuerpo, como pretexto. Dice Lao Tsé en su *Tao Te King*: "El Universo no hace de sí la razón de su existencia".

Sólo, entonces, cuando el arte parte del pretexto, de la individualidad, de la individualidad no condicionada o natural, y se fundamenta de esta forma en la interrelación con lo abierto o lo inmenso, se constituye en el primer modo de conocer, porque apunta a la esencia misma del hombre, a su propia naturaleza, a la naturaleza. Cuando no es así, el arte deja de ser sagrado, entendido lo sagrado como aquello que no se puede manipular, a lo que no se puede acceder con la voluntad. Y por eso cabría valorar la obra de arte según la presencia o no de la voluntad, según se acerque o

se aleje del pretexto.

Con Schopenhauer -al que nunca debemos de olvidar cuando hablamos de la voluntad- con el que seguramente guardo profundas diferencias, sí coincido en afirmar que la voluntad no participa esencialmente de la obra de arte. Sobre la creación artística dice Salvador Pániker que "El genuino arte tiene que ver con el mundo en la medida en que éste, el mundo, es inexplicable". Creo que me movería en el sentido de esta apreciación de Pániker -y al tiempo con la aseveración de Schopenhauer- si digo que la presencia de la voluntad en todo, y por supuesto en una obra de arte, es siempre explicable, que todo esfuerzo es siempre relatable.

Como les decía al principio, llegado ese momento del aniversario solemne por algún motivo, como en este final de siglo y de milenio, y nos sienta la reflexión, podemos llegar a interesarnos en cuál ha sido nuestra relación con el mundo, cuál ha sido en verdad nuestra cultura, de qué modo hemos hecho uso





“La obra de arte se produce naturalmente en la desembocadura, sin voluntad. Obra maestra o pretexto que responde a la individualidad o experiencia del hombre, que no se añade al mundo - que no prolonga el paisaje tangible-, que resuena -lo uno en lo otro- con el cosmos: un gesto inútil que se hunde en el lienzo.”

*El Lugar del Hombre
Mariano Vega Luque*

de la libre relación que supone la cultura. Y apuntamos incluso, como también dije, a nuestra esencia o condición. Es decir, que de la trayectoria que hemos seguido, o que ha seguido la humanidad, tratamos de deducir o de inferir, esa **condición o esencia**. Y nos preguntamos ante ese repaso o visión de la Historia, si en esa naturaleza, esencia o condición del hombre, está la paz. O si va a tener el hombre en cuenta principalmente algún día -si la paz es en realidad parte de él- esa esencia o condición suya. Si la paz, en definitiva, una paz cierta y duradera llegará algún día, se va a instalar algún día sobre el planeta.

Pero, llegado ese momento del solemne aniversario, imbuidos del propósito de profundo análisis, o de autoanálisis, deberíamos prestar especial atención al hecho de que la Historia, el devenir de la humanidad, ha estado marcado por una interrelación de especies, y que en esa querida o voluntaria, forzada, dinámica de especies, la paz es imposible. La Historia, nuestra historia, es, ha sido, sobre todo un relato de voluntades, y la voluntad ni descansa, ni permite ver el fondo de las cosas, si la paz está o no en nosotros, si forma parte sustancial, efectivamente, de nuestra condición o esencia. Una paz que no sería, que no es, lo opuesto simplemente a la violencia. (Desde este planteamiento, desde este pensamiento que les expongo, a mí se me suelen quedar cortas algunas reflexiones de personas, intelectuales, escritores a los que admiro mucho. Era, es, el caso de Savater. Cuando Antonio Muñoz Molina, por ejemplo, dice que “la violencia no es signo de modernidad”, yo me pregunto a qué modernidad o evolución se refiere, porque lo que está claro es que nos encerramos en una dinámica de especie cada vez más, y es en esa dinámicas de especie donde ocurre sistemáticamente la violencia. O cuando Saramago afirma que “es la crueldad la que nos diferencia de los animales”, también se me queda a medio camino, sin entrar a considerar que la crueldad sólo acontece en una impuesta dinámica de especie, en la burda imitación que hace el hombre del animal. Ni la violencia ni la crueldad forman parte de la esencia individual, propia del hombre, a la que aquí me refiero.)

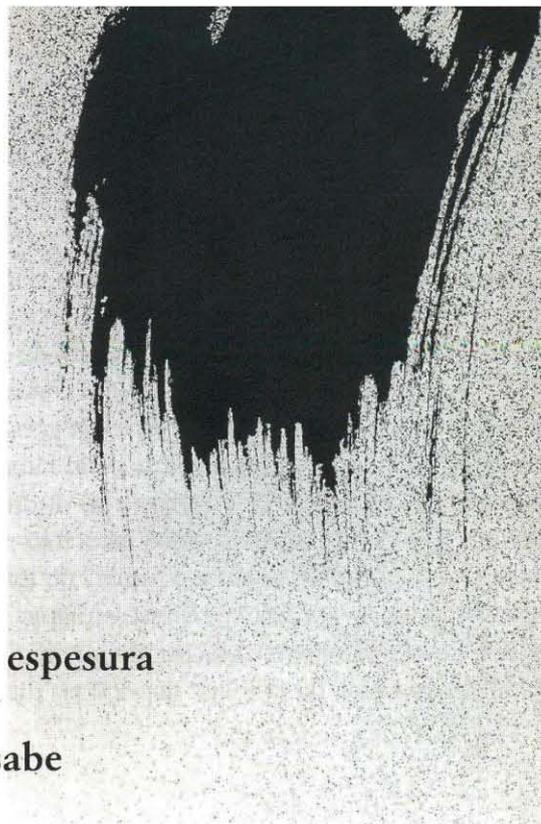
¿A qué cambio sustancial en el futuro de la cultura, de nuestra relación, podríamos apuntar, pues? Se habla de futuro y de cambios, y nos resulta difícil imaginar nada fuera de la todopoderosa ciencia, y en especial ahora de la cibernética. Por unos cuantos años aún citaremos a Orwell con preferencia. Pero, ¿de verdad creemos que el cambio va a darse montados por siempre en el instrumento, en las últimas consecuencias del instrumento, apegados a él, parapetados en él? Yo no veo otro cambio sustancial que el de reconocer al menos que la dimensión real o natural del hombre, y de la naturaleza, no es una cuestión de voluntad. Es decir, el cambio sustancial estaría en reconocer lo sagrado como aquello que no se puede manipular, que no está al alcance de la voluntad. Este desistir de la voluntad como instrumento de conocimiento de nuestra dimensión real o natural, no se ha dado nunca en el contexto general de la cultura. Sí en determinadas corrientes o filosofías donde la relación o cultura ha sido, es, un predisponernos a la experiencia o percepción del mundo sin más, sin mediación alguna. ¿Se imaginan ustedes un mundo en el que el ser humano sea consciente de la imposibilidad de su propia conquista, de que el acceso a su propia experiencia lo propicia sólo la actitud de no entorpecer esa experiencia que le es propia, que constituye su naturaleza? Les invito a esa reflexión.

En mí título, “Arte y pensamiento del siglo XXI”, me he aprovechado seguramente de las expectativas que crea la proximidad del nuevo siglo y milenio para atraerles, para que vengan a escucharme. Porque nada hace suponer que el cambio del que hablo se vaya a producir, efectivamente, en el próximo siglo, tras el espectacular vuelco del calendario. No quisiera pensar, sin embargo, que no va a llegar nunca. El momento actual está muy signado, muy condicionado, por el espectacular despliegue de la instrumentación científica; y por la influencia, por el poder, de los medios de difusión, de reproducción. Por esas “autopistas de la información”, que nos envuelven sin descanso en un mundo más y más horizontal.

Situación que hace pensar en una cultura rumiante, con un rumiar que circula constantemente a través de esos medios, y que éstos, -omnipresentes, todopoderosos-, potencian hasta la saciedad. De este modo la cultura, a pesar de la brillantez con que se presentan sus productos, de la habilidad -el arte, recordemos, no es una pirueta- cuenta cada vez menos con el espontáneo descubrimiento del mundo, con ese no partir de la inercia de lo contado, sino del aliento fresco de la experiencia primera del mundo. Cuando se accede a la individualidad, al pretexto, de alguna manera se repite -como un rito- el paso del animal al hombre, de la especie al individuo. Como si transitáramos el momento del llamado *eslabón perdido*. Pasamos entonces de contarnos el mundo, de la posibilidad cultural de contarnos el mundo, a dialogar de pronto con él, a la posibilidad cultural de existir sin mediación alguna.

Lo que les expuesto aquí es mi poética. Mi experiencia o visión del mundo, mi *Weltanschauung*. Una poética que no se ciñe a una serie de referencias, sino que parte de esa experiencia que todos hemos tenido, que todos podemos tener, a la que no se le presta normalmente valor cultural, a la que nuestra cultura no suele darle valor de conocimiento, de relación. Experiencia que responde a esos momentos en que somos realmente individuos, y existimos sin preguntarnos nada acaso, en la natural, *resonante*, interrelación en la que todo se torna pretexto. Momentos en los que, como dice Rilke, "las flores se abren interminables". Ese momento está ahí siempre, esa posibilidad, y si me apuran me atrevería a afirmar que es atemporal.

Ésta es pues mi poética. A la inviolabilidad de lo sagrado, a la imposibilidad de acceder a nuestra naturaleza, a la naturaleza, mediante la voluntad, y de transmitir también desde la voluntad esa experiencia, me he referido en el siguiente poema con el que concluyo. Un poema en el que vengo a decir que nadie puede contar a nadie lo que es el mundo. Expresado así:



La espesura

Ella todo lo sabe

(...las hojas innumerables
los pájaros,
la irisada lluvia...)

Pero nunca lo dirá

Tampoco tú

